

Espacios y vida femenina

La vida conventual en la Nueva España



Espacios y vida femenina en el Centro Histórico

EL ENCUENTRO ENTRE EL MUNDO EUROPEO Y LAS CIVILIZACIONES PRE-hispánicas, en el siglo XVI, dejó secuelas dolorosas, como la guerra y los brotes epidémicos, que diezmaron drásticamente a la población originaria. Las consecuencias del choque cultural se extendieron a lo largo de varias generaciones. Por ello los factores que más tarde contribuyeron a la integración cultural son de suma importancia, como es el caso de la educación.

En este número abordamos algunos aspectos de la educación dirigida especialmente a las mujeres, la cual se impartió primero en colegios seculares y luego en claustros, beateríos y conventos, donde no solo se cumplieron funciones formativas; también germinaron tareas económicas y todo el conjunto de la vida cotidiana, de ahí la relevancia de estudiar estos espacios, algunos de los cuales fueron evolucionando junto con la historia del Centro. Esperamos que lo disfruten.

Los editores



CIUDAD DE MÉXICO
CAPITAL DE LA TRANSFORMACIÓN



fideicomiso
CENTRO HISTÓRICO
DE LA CIUDAD DE MÉXICO



En portada

San Jerónimo

POR ALEJANDRA CARBAJAL



En contraportada

El Centro ilustrado

POR MARICARMEN ZAPATERO

Km Cero ES UNA PUBLICACIÓN MENSUAL GRATUITA EDITADA POR EL FIDEICOMISO CENTRO HISTÓRICO DE LA CIUDAD DE MÉXICO. AÑO 16, NÚMERO 194
FECHA DE IMPRESIÓN: 20 DE FEBRERO DE 2025

Clara Brugada Jefa de Gobierno de la Ciudad de México • **Loredana Montes** Directora General del FCHCM • **Anabelí Contreras** Coordinadora de Promoción y Difusión del FCHCM • **Jorge Solís** Director editorial • **Laura A. Mercado** Diseño y formación • **Alejandra Carbajal** (pp. 10-19, 24, 26) y **Gustavo Ruiz** (pp. 3-5, 9, 21-23, 27) Fotografía • **Patricia Elizabeth Wocker** Corrección de estilo • **Montserrat Mejía** Asistente • **Alicia Rosas** Coordinación de Niños • **Dulce Aguirre, Mariana González, María Quijano, Fátima Rocha, Carina Víquez** y **Maricarmen Zapatero** Colaboradores

REDACCIÓN: República de Brasil 74, segundo piso, Centro Histórico, Cuauhtémoc, 06010 • **Teléfonos:** 55 5709 6974
55 5709 7828 | 55 5709 8005

IMPRESIÓN: COMISA. General Victoriano Zepeda 22, Observatorio, Miguel Hidalgo, 11860 • **Teléfono:** 55 5516 8586

Número de certificado de reserva 04-2016-041412402300-102

Escríbenos a kmcerorevista@gmail.com

[f KmCero.CentroHistorico](https://www.facebook.com/KmCero.CentroHistorico)

[X @kmcerorevista](https://twitter.com/kmcerorevista)

[@ fideicomisocentrocdmx](https://www.instagram.com/fideicomisocentrocdmx)



02 Rastros

Antiguas nomenclaturas de las calles



20 Voces

Sor Juana Inés de la Cruz



24 CentrArte

Templo de la Santísima Trinidad



08 A fondo

De los colegios de niñas a la vida conventual



06 Instantáneas



28 Cartelera



32 Niños

Nomenclaturas, épocas y costumbres

Las calles del Centro Histórico

POR CARINA VÍQUEZ

A menudo el nombre de las calles nos remite a sucesos históricos, personajes o eventos que dieron vida a esos espacios. Ellas son parte de la memoria viva de la ciudad.

QUIEN LEA ESTO SABRÁ DE SOBRA QUE, EN EL MARCO del centenario de la Independencia y al término de la Revolución mexicana, a José Vasconcelos le dio por cambiar los nombres de algunas calles del Centro de la ciudad. Corría el año de 1921 y en agradecimiento a los países que habían reconocido al gobierno de Álvaro Obregón y su México revolucionario y nacionalista se rebautizaron calles como la del Relox, que se llamaría República de Argentina; Escalerillas, que sería República de Guatemala... En fin, que así nacieron Brasil, Colombia, Perú, Ecuador, Nicaragua, Haití, etcétera. Poco antes, otras calles ya habían adquirido el nombre de personajes históricos, como San Francisco, que se convertiría en Madero.

La historia del cambio en la nomenclatura de las calles del Centro es fascinante y extensa, e inicia allá por el año de

gracia de 1521, cuando Alonso García Bravo trazó la capital de la Nueva España. El alarife respetó las líneas generales de la antigua Tenochtitlan: plazas, acequias y caminos que conectaban la ciudad con pueblos aledaños. Una vez hecha la traza y asentados los españoles en el sitio, hubo, claro está, que nombrar las calles.

En general, a las que estaban alineadas de norte a sur, desde Argentina hasta Santa María la Redonda (un tramo del actual Eje Central), se les llamó aludiendo a esos datos, por ejemplo, «calle que viene de Iztapalapa y va hacia Tlatelolco» (Argentina). Como compartían el mismo punto de referencia, se antepone otro nombre para distinguirlas entre sí: «calle de Santo Domingo que va a Tlatelolco» (Brasil) o «calle de los Vallesteros que va a Tlatelolco» (Allende). Estos nombres se conservaron durante el siglo xvi, y hoy nos parecen imprecisos.



A veces se prefería el nombre y apellido de sus habitantes. En su libro *La Plaza de Santo Domingo de México: siglo XVI*, Pedro Álvarez y Gasca cuenta que en 1526 la calle de Belisario Domínguez se llamaba «calle que va del Monasterio de Santo Domingo a salir a las casas de Andrés de Tapia», luego de que se estableció ahí el convento.

Sucedió también que las calles tomaban el nombre de edificaciones: un colegio (Las Vizcaínas) o un hospital (San Lázaro); de un suceso: (Niño Perdido, un tramo del Eje Central), o de un rasgo distintivo, como Bolívar, llamada calle de las Ratas, y no precisamente porque abundaran las flores. A veces, una calle cambiaba de nombre en cada esquina: Isabel la Católica, de sur a norte, era calle de San Agustín, El Ángel y Espíritu Santo. O se dividían, tomando como punto de partida el Zócalo, en 1.ª de Santo Domingo, 2.ª de Santo Domingo (Brasil), y así sucesivamente.

Refiere Luis González Obregón en *Las calles de México* que, a finales del siglo XVIII, las calles continuaban sin nombre oficial. Ya a mediados del siglo XIX se inició un constante cambio en la nomenclatura de acuerdo con los sucesos políticos del momento. Por ejemplo, a causa de la Guerra de Reforma, que nacionalizó los bienes de la Iglesia, se derribó el convento de Santo Domingo y surgió una nueva calle en honor al general Leandro Valle. A finales del mismo siglo, Porfirio Díaz quiso modernizar los nombres usando los puntos cardinales como referencia. Así, de oriente a poniente serían avenidas y de norte y sur, calles. Incluso se imprimió un cuadernillo con un plano, *Nomenclatura actual y antigua de las calles de la Ciudad de México*, en el que se leían los nuevos nombres: Cocheras (Colombia) sería Avenida Oriente 7 y Relox (Argentina), Calle Norte 7.



Bueno, ¿y a qué viene todo esto? A que son pocas las calles que a través de los siglos conservaron los nombres que se usaban en la Nueva España: pongamos como ejemplo Correo Mayor o Jesús María, que desde el siglo XVII ya aparecen en los planos de la ciudad y siguen vigentes. Tal es el caso también de San Ildefonso, calle empedrada y peatonal que evidentemente tomó su nombre del colegio.

Hasta aquí podría terminar este relato, pero aún falta añadir el papel de la Virgen en esta historia. Antes veamos quién fue Ildefonso. Pues bien, en el siglo V, Ildefonso, obispo de Toledo, España, defendió el dogma mariano, el cual, según nos cuenta Jonatan Chávez, historiador y coordinador de Voluntariado y Servicios al público del Colegio de San Ildefonso, no estaba establecido como es conocido ahora. Así pues, Ildefonso, que significa *el que defiende*, «hombre letrado y conocedor de las escrituras

[...] argumentó de manera definitiva que la concepción de Jesús había sido en santidad y purificación de la Virgen». Es decir, Ildefonso defendió la pureza de la madre de Dios, contribuyendo así a instituir y afianzar el culto a la Virgen María y, por lo tanto, la fe católica.

En agradecimiento, cuenta la tradición católica, la Virgen se apareció ante Ildefonso y le otorgó una casulla (vestidura que se ponen los sacerdotes para celebrar la misa) que él debería llevar en los días festivos dedicados a ella. Esta imagen está representada en un relieve en mármol colocado sobre la entrada principal del colegio, en la calle de San Ildefonso.

Pero ¿por qué se le llamó San Ildefonso a un colegio jesuita? Cabe decir que, debido a su dedicación, a Ildefonso se le relacionó con el estudio y el aprendizaje. Hay que decir también que los jesuitas eran devotos de la Virgen María, y



que su labor siempre estuvo ligada con la educación y el saber. De esta manera, los jesuitas, en reconocimiento al santo y con el objetivo de consagrar y distinguir el colegio como un recinto dedicado al estudio, le pusieron ese nombre. Y, tal cual, ese fue también el de la calle, al menos así aparece en planos del siglo XVIII. Hoy simplemente la conocemos como San Ildefonso.

No quisiera irme sin compartir un punto más: cuando escuché la historia de Ildefonso recordé aquella otra que relacionó a fray Servando Teresa de Mier con la Virgen de Guadalupe, pero a la inversa. Sucedió que el 12 de diciembre de 1794 leyó un sermón que fue malinterpretado, pues su intención no fue negar la existencia de la Virgen de Guadalupe ni su importancia, sino reinterpretar el dogma: dijo que la imagen de la Virgen existía mucho antes de la aparición ante Juan Diego en 1531, contradiciendo así el dicho oficial. Fue

tal el escándalo que fray Servando terminó exiliado y preso en al menos diez cárceles.

¿Y qué tiene que ver esto con la nomenclatura de las calles? Poco, pero finalmente fray Servando regresó sano y salvo a México en el año de 1823; falleció en 1827 y el convento dominico al que pertenecía, ubicado sobre «la calle de Santo Domingo que va a Tlatelolco» (después Sepulcros de Santo Domingo, hoy República de Brasil), fue demolido a mediados del siglo XIX, como consecuencia de las Leyes de Reforma. Y debido a que fray Servando tuvo injerencia en el movimiento de Independencia, hoy una calle en la orilla sur del Centro se llama como él. Lo que nos lleva al inicio de esta historia, cuando, entre los siglos XIX y XX, los nombres de varias calles perdieron sus antiguos, curiosos y singulares nombres para llevar los de personajes históricos o de países latinoamericanos. ¡Salve María! 🗣️

La imagen del día

¿Quieres ver tu foto publicada como la #ImagenDelDía?

Anímate a participar. Solo manda tu fotografía del Centro Histórico con un título a kmcerorevistach@gmail.com



El MUNAL, visto desde el Turibus, José Manuel Juárez Claderón



Marquesina de Telégrafos, César Antonio Serrano Camargo



Las verdes matas, Amado Félix



Tradiciones, Sea Ar



Atardecer en domingo, Ximena Amalinalli
Santiago Zuñiga



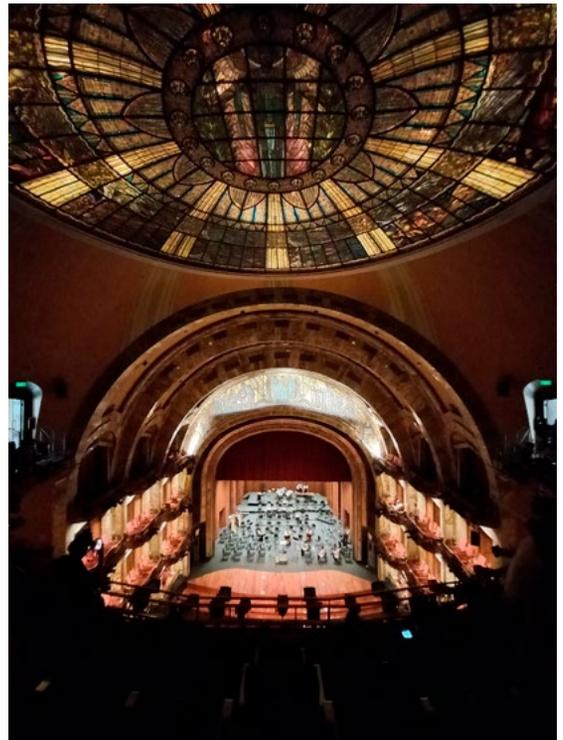
Alameda, Víctor de la Peña

***Cada ciudad tiene su propia sangre,
su aliento inconfundible. Es, ella misma,
un cuerpo donde habitamos todos.***

Nuria Kartazs



Atardecer céntrico, Guillermo Vázquez Chávez



Nuestro Palacio, Francisco Vega

DE LOS COLEGIOS DE NIÑAS A LA VIDA CONVENTUAL

POR MARÍA QUIJANO

El presente artículo nos invita a seguir la travesía que comienza en el siglo XVI, con los esfuerzos por brindar educación a las niñas indígenas, y continúa con la creación de los claustros para mujeres que marcaron la vida de la ciudad.





Monte de Piedad

Colegio de la Madre de Dios

Tras un pesado viaje de casi cuatro meses, en mayo de 1524 llegaron a las costas de Veracruz los primeros misioneros franciscanos, encabezados por Martín de Valencia (aunque desde un año antes los frailes Juan de Aora, Pedro de Gante y Juan de Tecto ya estaban en territorio mexicano). Cerca de un mes después, los doce frailes de la orden franciscana arribaron a la Ciudad de México, donde se asentaron a fin de comenzar la evangelización.

Para comprender mejor la importancia de su labor, debemos empezar por señalar algo. Durante los primeros años de la Nueva España la evangelización no fue solo un asunto de propagación de ideas religiosas, sino un factor decisivo para la integración cultural, la definición de nuevos marcos donde transcurría toda la vida cotidiana y un elemento imprescindible al momento de crear los referentes de cohesión de una nueva sociedad marcada por el sincretismo.

Por ello no es de extrañar que los esfuerzos por establecer empresas pedagógicas recibieran atención desde los primeros años del virreinato. A partir de 1529 en Texcoco comenzó la educación de mujeres indígenas, en cierto modo gracias a los esfuerzos del fraile Toribio de Benavente Motolinía. Esta experiencia fue de gran importancia porque constituyó un primer ejemplo que poco tiempo después tuvo ecos tanto en Huejotzingo como en la antigua México-Tenochtitlan.

Ese mismo año, los franciscanos solicitaron que se les cedieran unos terrenos para comenzar sus labores educativas, justo donde habían construido su primer establecimiento. En la *Monarquía indiana*, fray Juan de Torquemada sugirió que este lugar se encontraba en las inmediaciones del Palacio de Cortés y la iglesia principal, es decir, en un espacio cerca de donde ahora está el edificio del Monte de Piedad y la Catedral.



Catedral Metropolitana

Sin embargo, el alcalde Bernardino de Albornoz, que fue testigo presencial de la labor de los misioneros, lo situó en la antigua calzada de Tlacopan: «que los susodichos hicieron iglesia y monasterio de religiosos en la calle de Tlacuba y después en el sitio en el que agora están». En aquel momento Tacuba no se cortaba donde ahora está República de Brasil, sino que se extendía hacia el oriente. De ahí que Josefina Muriel pueda ubicar con mayor precisión este asentamiento:

Estuvo situado en la manzana que actualmente forman las calles de Justo Sierra al norte, República de Guatemala al sur, Del Carmen al oriente y de República de Argentina al poniente.

La iniciativa de los misioneros estuvo encabezada por fray Juan de Zumárraga, que desde 1527 había recibido

el nombramiento como protector de los indios y un año más tarde como obispo de México. Fue él quien dirigió una carta a la reina Isabel de Portugal planteando la importancia de que se creara un establecimiento para la educación femenina. La monarca accedió a sus peticiones, pero fue necesario esperar al menos dos años para dar inicio a este proyecto, porque aún no había maestras que pudieran encargarse de la formación espiritual de las «doncellas» indígenas.

A partir de ese momento comenzó la búsqueda de mujeres piadosas que aceptaran viajar al «nuevo mundo» con el propósito de difundir el credo, enseñar el idioma, acompañar los procesos para que las «naturales» adquirieran las costumbres europeas, aprendieran el canto llano y memorizaran las lecciones de los frailes, entre otros asuntos que se consideraban indispensables, como el aprendizaje para elaborar ciertas «artesanías».



Calle Moneda

A finales de noviembre de 1530 llegaron al puerto de Veracruz las primeras seis maestras destinadas ex profeso para laborar en la capital de la Nueva España. Pocas semanas después se alojaban en una casa que perteneció a Alonso Rodríguez, por los «portales de doña Marina», que al parecer estaban cerca del edificio del Ayuntamiento, cerca de donde corría la acequia.

Desde inicios de 1530 Isabel de Portugal emitió una Cédula Real dirigida a los miembros de la Segunda Audiencia, en la que se instruye ir preparando todo lo necesario para la llegada de las maestras y la puesta en marcha del colegio:

Para que tengan donde estar ellas, y las naturales que recogerán, es mi voluntad que se haga una casa y monasterio en la Ciudad de México, por ende os mando que de acuerdo con el obispo de México y el custodio de San Francisco elija solar, para que en él se haga el dicho monasterio en el sitio más conveniente.

En junio de 1531 fray Juan de Zumárraga compró dos casas pequeñas para comenzar a acondicionarlas; se ubicaban en donde ahora está la calle de Moneda (conocida entonces como «... de Martín López»). Pero eran insuficientes, así que poco después fray Antonio de la Cruz solicitó al Ayuntamiento que cedieran otros solares para ampliar la que sería la sede del colegio, por donde se encuentra actualmente Correo Mayor. La solicitud no fue bien recibida por todos los vecinos, ya que se entorpecería el tránsito por la calle, así que tuvo que intervenir la Audiencia para que el colegio se ampliara.

De esta forma comenzó el llamado Colegio de la Madre de Dios, la institución pionera de la ciudad en cuanto a la educación de las mujeres se refiere, aunque los trabajos de construcción se extendieron durante mucho tiempo más.

Las autoridades de la ciudad reconocieron así la labor de las maestras en un informe que prepararon para Carlos V en agosto de 1533:

Las mujeres que V.M. mandó venir a esta tierra han hecho e hacen mucho fruto en esta ciudad y tienen en esta ciudad una casa y otra en Texcoco



Calle Correo Mayor

y otra en Guaxocingo y otra en Cholula y se da orden como haya en Tlaxcala y otra en Chalco en que hay mucha copia de muchachas hijas de principales y tenemos esto por muy importante para la conversión universal de esta gente.

Al año siguiente Zumárraga viajó a España. Ahí expuso, entre otras cosas, que era necesario contar con más mujeres piadosas que se sumaran a las maestras pioneras, de acuerdo con su propósito de «que en esta ciudad y en cada pueblo del obispado haya un monasterio grande en que quepan mucho número de niñas, hijas de indios». Como consecuencia de esto, el 16 de julio de 1534 llegaron otras seis maestras, quienes viajaron junto con el obispo.

Como se desprende del informe redactado a Carlos V, en un origen el colegio estaba destinado para las hijas de caciques, es decir, quienes tenían el título de *pipiltzin*. Se esperaba que, por su posición social, las propias alumnas dieran ejemplo a los demás indígenas. Sin embargo, el acceso a la educación no fue tan estricto, pues poco a poco fueron admitiendo también a niñas que no pertenecían a

la nobleza mexicana, pero que tenían potencial debido a su «buena conducta».

Además, la necesidad de extender la educación a todas las niñas no solo respondía a motivaciones pedagógicas o doctrinales; encerraba, además, otro tipo de implicaciones sociales y morales. Específicamente, tanto Zumárraga como algunas de las maestras del Colegio de la Madre de Dios estaban preocupados por hacer que se respetara la dignidad de las alumnas, quienes estaban a expensas tanto de atropellos y abusos por parte de los españoles como a prácticas que contravenían los preceptos religiosos.

Que las alumnas eran vulnerables ante los abusos de españoles era algo que se había hecho evidente en fecha tan temprana como 1529, en el colegio de Texcoco, cuando Juan Peláez de Berrio –hermano de quien presidía la Primera Audiencia– ordenó que secuestraran a dos indígenas del colegio para convertirlas en sus mancebas. Catalina de Bustamante –considerada la primera maestra de la Nueva España– y el propio Zumárraga elevaron quejas ante este atropello y denunciaron públicamente los hechos. El caso terminó por provocar amonestaciones de la reina Isabel.



Templo de San Lorenzo

Por otro lado, a Zumárraga le preocupaba la costumbre de dar a las hijas o mujeres de la familia «como tributo», sustrayéndolas de la vida en comunidad para llevarlas a «lugares soterrados y escondrijos, donde nadie las puede ver ni hallar... y las tienen cuantas quieren y las desechan cuando envejecen». En sucesivas cartas dirigidas a la Corona insiste en que esto contradice los valores religiosos, a la vez que implica la negación de la dignidad y la explotación económica de las indígenas.

De nueva cuenta Zumárraga consideró que la solución ante dichos problemas era que la educación se extendiera para todas las niñas, aunque esto suponía problemas, como la falta de recursos y maestras. Zumárraga y los obispos de Oaxaca y Guatemala se pronunciaron en la Junta Eclesiástica de 1537 para proponer al Consejo de Indias que se crearan conventos en la Ciudad de México, «de la manera de Castilla, para que tuviesen a su cuidado de las niñas indias».

Para los obispos existía otra ventaja de largo plazo: si las propias indígenas recibían educación, más tarde ellas

mismas podrían ser maestras, por lo que ya no sería necesario que algunas mujeres piadosas viajaran desde España. En realidad, para ese momento las alumnas de los colegios ya ayudaban en las labores de evangelización, como lo consigna el fraile Motolinía. Él narra que las niñas salían de los colegios:

a enseñar e así en los patios de las iglesias, como en las casas de las señoras principales, y a muchos convertían a se baptisace y ser devotas cristianas y limosneras y siempre han ayudado en la doctrina a las mujeres aunque no discurriendo.

El 28 de agosto de 1538 Carlos V respondió a Zumárraga, indicándole que por el momento «no deben haver en las Indias monasterio de monjas profesas para la educación de las niñas indias». Así que el fraile debía continuar su misión con las maestras laicas con las que comenzó su proyecto pedagógico.



Templo de San Jerónimo

Al respecto es interesante notar que el obispo ya había hecho esa misma petición al menos desde noviembre de 1536, cuando envió sendas cartas tanto al monarca español como al Consejo de Indias, argumentando que en lugar de educadoras seculares sería más conveniente que la formación de las niñas estuviera en manos de «religiosas monjas o beatas».

Zumárraga acusó a las maestras por «ser tan imitadoras de lo que ven», y porque, a su juicio, no «tienen el recogimiento y honestidad que tendrían las religiosas». Las diferencias se presentaron porque los franciscanos pretendían tener autoridad sobre el colegio, dado que había sido iniciativa suya. Sin embargo, las maestras se rebelaron, argumentando que estaban fuera de la jurisdicción monástica, e incluso sugirieron que solo tendrían que acogerse a la autoridad civil de la Real Audiencia. En una de las cartas, Zumárraga consigna la posición de las educadoras:

[...] más cuidado muestran tener de aprovechar a sus hijos que trujieron y se les han venido, y algunas se me han salido de las casas aunque se lo he mandado y puesto de excomuniación que no salgan, diciendo que ellas no son esclavas que han de trabajar en balde [...].

Pese a las disputas y los testimonios sobre la falta de control de Zumárraga, las educadoras seculares y los franciscanos continuaron trabajando conjuntamente. No podía ser de otro modo, pues la respuesta del Consejo de Indias ante las peticiones del obispo fue negativa.

En este proceso se establecieron las bases para brindar educación a las jóvenes en la Nueva España. A su vez, es interesante notar que las maestras formaron un primer cuerpo de trabajadoras en la ciudad, aunque no recibían retribución económica ni tenían un reconocimiento formal como sucedía con los gremios.



Templo de la Inmaculada Concepción

Los conventos de mujeres

Aunque los primeros esfuerzos de Zumárraga por crear monasterios de monjas no prosperaron en su momento, constituyen el punto de partida de lo que sucedería más tarde, conforme fueron llegando a la ciudad las distintas órdenes religiosas. De acuerdo con las normas de aquellos momentos, el camino para que fuera posible la creación de un convento implicaba una serie de autorizaciones no solo desde España, mediante el Consejo de Indias, sino también desde el Vaticano; se requería, en suma, que hubiera tanto una cédula real para aprobar la orden religiosa como una bula pontificia para autorizar el establecimiento de un convento.

No obstante, el tiempo que llevaba cubrir todos estos formalismos podía emplearse en reunir los fondos para el financiamiento. Según varias fuentes secundarias, las primeras autorizaciones se lograron hacia 1540, aunque no se ha encontrado la bula para certificar esto. De cualquier forma, el primer claustro de la ciudad fue el de la Orden de



Academia de San Carlos

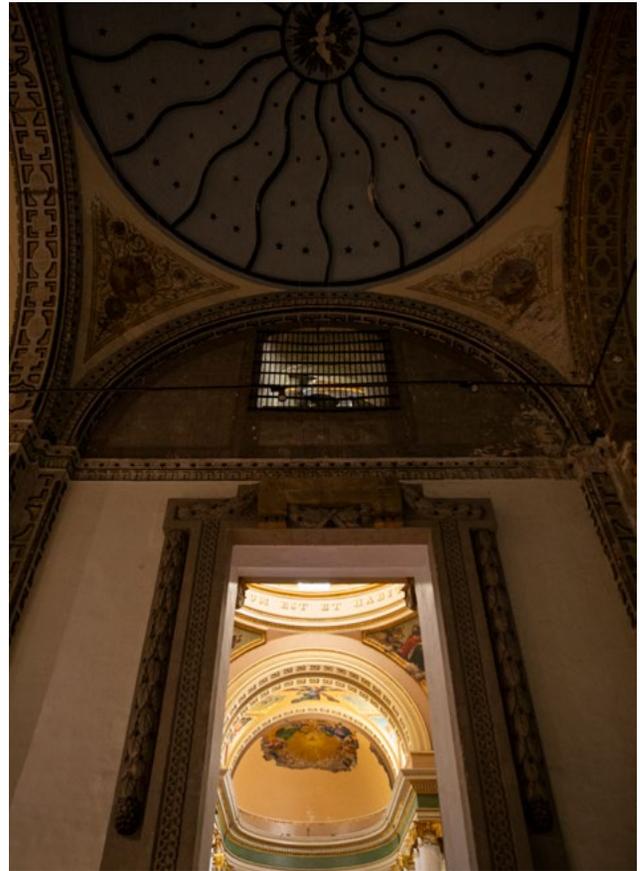
la Inmaculada Concepción, que se estableció originalmente en un solar que había pertenecido al militar Andrés Tapia y se fue extendiendo, durante el siglo XVI, a terrenos del español Luis de Castilla. Para comenzar la construcción fue indispensable la labor del propio Zumárraga al haber juntado recursos, pues no se había consolidado aún un patronato en el que vecinos acaudalados pudieran donar fondos provenientes del comercio, las herencias, las actividades de las haciendas o la minería, como fue lo común más tarde.

La historiadora Concepción Amerlinck de Corsi refiere que algunas beatas que se desempeñaban como educadoras en el Colegio de la Madre de Dios, encabezadas por Elena Medrano, se convirtieron en las primeras novicias concepcionistas que hicieron sus votos simples hacia 1541.

Gradualmente, las labores pedagógicas que estuvieron reservadas a los colegios se fueron trasladando a la vida en los claustros, donde existían mayores regulaciones. Aunque, en estricto sentido, la función de estos espacios no era educar, sino propiciar que las mujeres pudieran vivir de forma



Templo de Santa Teresa



«contemplativa», dedicadas tanto a la oración espiritual como a los quehaceres domésticos y otras labores de mantenimiento del propio claustro.

A ello también contribuyeron factores externos, como el peligro de las epidemias. El caso del primer colegio para niñas de la ciudad permite observar esto, pues hacia 1545 se dio un fuerte brote epidémico, que según Torquemada cobró cerca de ochocientos mil vidas. El edificio que había sido destinado para el Colegio de la Madre de Dios se convirtió en un anexo del Hospital del Amor de Dios –asentado donde ahora está la Academia de San Carlos–; ahí se atendió a los enfermos.

Al menos hasta que se hicieron reformas en 1775, era común que las niñas y jóvenes llegaran a vivir a los monasterios, pero era frecuente que no salieran de los claustros cuando culminaba su formación, aunque no necesariamente tomaran los votos para vivir como monjas. En cuanto a su educación, ahí empezaban a adquirir conocimientos no solo respecto de la fe, sino también de materias como español,

latín y aritmética, junto con los oficios «mujeriles» –bordar, tejer, cocinar, hacer pan, realizar distintas artesanías, fabricar escapularios para vender, etcétera–.

Al respecto, Josefina Muriel apunta que la obra educativa «de este como de todos los demás conventos, se vio suspendida hacia 1769, pero se reanudó por orden pontificia [...] en los últimos años del siglo XVIII y por la Real Cédula del 19 de noviembre de 1815».

El 29 de octubre de 1573 salieron del convento de la Purísima Concepción diez religiosas, con miras a fundar el claustro de la Natividad de Regina Coeli. A partir de entonces, gran parte de la vida de las mujeres de la ciudad estuvo asociada con los distintos claustros, que a su vez fueron proliferando según se diversificaban las órdenes religiosas. Además de estos dos primeros monasterios, las hermanas concepcionistas fundaron el de Jesús María, La Encarnación, Santa Inés, San José de Gracia, Nuestra Señora de Guadalupe y San Bernardo.



Templo de Santa Catalina de Siena

Por su parte, el antiguo convento de San Lorenzo fue fundado por las agustinas, el de San Jerónimo por las monjas jerónimas, Santa Teresa por la Orden de Carmelitas Descalzas, Santa Catalina de Siena por la Orden de Predicadores, Nuestra Señora de Guadalupe –también conocido como La Enseñanza– por la Compañía de María, etcétera. Estos importantes recintos fueron desapareciendo con el tiempo, aunque aún quedan en pie parcialmente, operando hasta nuestros días, ya sea manteniendo su uso como lugar de culto religioso o ya sea adaptados a otras tareas civiles, como museos, escuelas y recintos culturales.

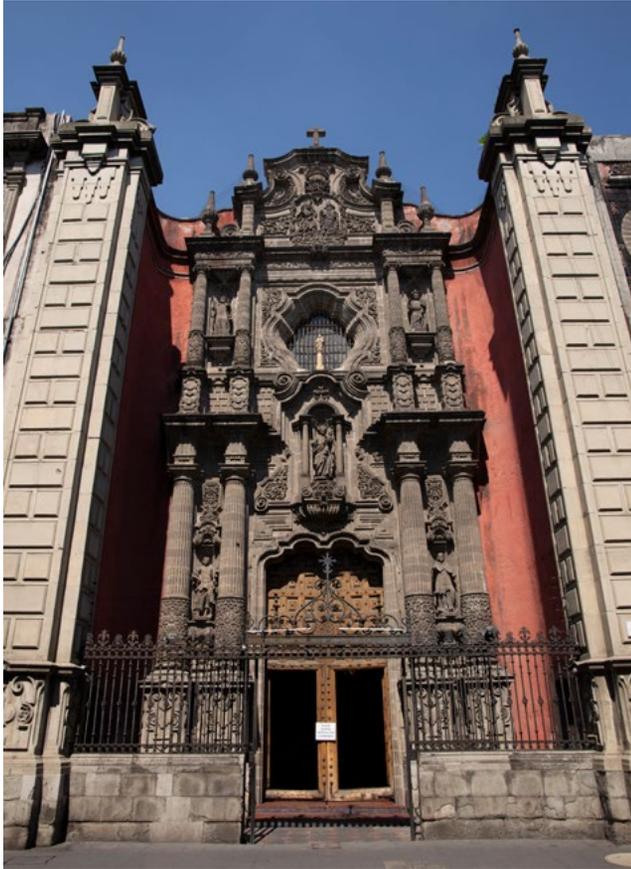
Aquí no es el lugar para referir el desarrollo histórico de cada uno de estos sitios. Pero es necesario poner en perspectiva un par de puntos acerca de los conventos como espacios donde transcurrió la vida de varias generaciones de mujeres.

El primer rasgo a tomar en cuenta lo apuntó Josefina Muriel en su destacada obra *Conventos de monjas en la Nueva España*. En las páginas de su voluminoso estudio, la historiadora afirma que aunque la iniciativa original de



fundar conventos fue de fray Juan de Zumárraga, estos sitios no hubieran podido existir sin una profunda raíz popular, como lo muestra antes que nada el hecho de que el primer convento de la ciudad empezara a construirse gracias a las aportaciones de numerosos feligreses y pobladores, no necesariamente acaudalados.

Los proyectos conventuales en particular y, en general, la conformación de distintas comunidades religiosas permitieron la evangelización como un proceso de integración cultural que resultaba mucho más deseable que la mera imposición religiosa. Tiene razón Muriel al afirmar que los pobladores originarios tal vez no comprendieran el catolicismo cuando se anunciaba como crueldad que propiciaba el llanto en «estas dulces tierras, pero lo entendía con toda claridad y sencillez, cuando veía a los Motolinías y a los Gantes», es decir, a los misioneros que más allá de esmerarse en mostrarles la nueva fe se comprometieron en mejorar las condiciones de vida de los indígenas e incluso defenderlos ante numerosos abusos.



Templo de La Enseñanza



De ahí que las repercusiones se sintieran, tarde o temprano, en la dinámica social en general y no únicamente en las comunidades enclaustradas. Estos sitios contribuyeron a la cohesión social, generando nuevos elementos identitarios de cultura criolla, donde los aspectos indígenas y europeos necesariamente se fusionaban.

Y los conventos cumplieron funciones que iban más allá de lo religioso, en ocasiones incluso con lógicas muy opuestas. Ahí, por situar algunos casos, se podía socorrer a una joven que no había contraído matrimonio y cuya familia no podía brindarle recursos económicos para subsistir; o se le podía llevar como castigo, para redimir fallas de carácter o conducta. También podía ser una forma de escapar a la imposición de matrimonios orquestados por los padres, vivir en comunidad luego de quedar huérfanas o viudas o encontrar un sitio para dedicarse al estudio, como lo pudo hacer Sor Juana, entre otras posibilidades.

Por otro lado, los monasterios contribuyeron a dar un origen diverso a las instituciones de la ciudad. Pues los

conventos tuvieron un nacimiento distinto: algunos fueron promovidos por los altos prelados eclesiásticos o las autoridades virreinales, otros por las propias mujeres que habían asumido los votos como monjas, algunos más por personajes acaudalados o viudas herederas e incluso por figuras universitarias y la propia población indígena.

Gracias a esta pluralidad, los conventos también contribuyeron a la forma en que se fueron desarrollando las calles y los entornos urbanos, la transmisión de técnicas y conocimientos e incluso colaboraron también en el desarrollo de expresiones culturales variadas, como la realización de crónicas, cartas, memorias, autobiografías, cuadernillos con literatura edificante y otras expresiones escritas que se dieron al interior de sus muros.

Por lo anterior, la rica y prolongada evolución desde los primeros colegios de niñas hasta la proliferación de claustros para mujeres constituye un capítulo esencial en la historia de la ciudad. 🍷

Sor Juana y la cocina de San Jerónimo

POR DULCE AGUIRRE

Uno de los personajes más trascendentales de la época novohispana vivió en este convento del Centro Histórico, donde forjó su importante obra literaria y documentó ingredientes, técnicas y costumbres gastronómicas.

«Pero, Señora, ¿qué podemos saber las mujeres sino filosofías de cocina?». Sor Juana Inés de la Cruz, *Respuesta a Sor Filotea*

La cocina es el hogar del fuego que alumbra la caverna y aleja a las bestias, la llama que da luz y alivia el hambre, pues permite preparar los alimentos. Cocinar significa *sazonar*, *guisar*, *aderezar* y también *cocer*, «poner al fuego». La cocina es el espacio de un encuentro provocado: el de los ingredientes en el cazo y los sabores en el plato. En circunstancias normales, los ingredientes no se tocan; somos nosotros quienes suscitamos la reunión de elementos que en su maduración contienen distintas temporalidades y estaciones. Los tiempos históricos se encuen-

tran en ese acto prospectivo que es el cocinar y en el que, por efecto del fuego, lo crudo se convierte en lo cocido.

La cocina es un lugar de paso y de *entretiempos*, de encuentros forzados, pero también fortuitos. Da lugar al milagro y al accidente que engendran un nuevo platillo, una conversación o una idea; un gusto insólito, destinado para un paladar futuro.

La intimidad del espacio culinario se resume en la frase «Entró hasta la cocina», que usamos para referirnos a alguien que se aprovecha de una situación; o bien, se *inmiscuye* –es decir, *interviene*– en un asunto de manera arbitraria –y decisiva, en el caso de las mezclas de sustancias–. Inmiscuir significa «poner una sustancia en otra para que resulte una mezcla» y también: «intervenir, tomar parte en un asunto o negocio, especialmente cuando no hay razón o autoridad para ello».





En este sentido viene a cuento una fábula sobre las habilidades culinarias de Sor Juana Inés de la Cruz en el convento de San Jerónimo. Mucho se ha hablado de su complicidad con lo dulce y el universo del gusto y hay quien le adjudica exageradamente la invención del mole y de los chiles en nogada, así como un entusiasmo excepcional por los buñuelos de viento. ¿Era una mujer golosa, adepta al dulce y otros placeres de la tierra? ¿Era una mujer sabia o divina?

La monja dulce y la serena se encuentran en la unión de dos imposibles: la irracionalidad del credo y la fe de los ateos: el gusto encarnado en la receta de cajetas originalmente atribuida a Sor Juana e incluida en un famoso recetario del convento, aunque después ha sido refutado como apócrifo:

Regla para todo género de cajetas

A libra de carne id. de azúcar, menos el membrillo

el que pide a libra de carne una y media de azúcar y todo lo que es agrio.

Punto, que despegue del cazo.

Es posible imaginar a Sor Juana en la cocina del convento, entre disertaciones y guisos. El lugar se ha transformado, pues, entre finales del siglo XVIII e inicios del XIX, gran parte de la primera construcción fue demolida para erigir un nuevo claustro, en conformidad con el Concilio de 1771 que modificó la vida interna de los conventos de monjas y, por lo tanto, su planeación arquitectónica. Ahí mismo la madre Matiana tuvo visiones, que fueron recopiladas en 1837 por la madre María Josefa de la Pasión de Jesús bajo el título de *Noticia de la revelación que la señora Matiana del Espíritu Santo*. ¿Creería Sor Juana en las visiones?



Como señala Josefina Muriel, en ese acto «mundano» que es la cocina, la poeta se «elevaba» a esa consideración de «segundo orden» que es la filosófica, y sus observaciones culinarias la llevaban a pensamientos sobre la metafísica de los ingredientes y sus interrelaciones. En la *Respuesta a Sor Filotea* dice:

¿Pues qué os pudiera contar, señora, de los secretos naturales que he descubierto estando guisando? Ver que un huevo se une y se fríe en la manteca o aceite y, por contrario, se despedaza en el almíbar; ver que para que el azúcar se conserve fluida basta echarle una muy mínima parte de agua en que haya estado membrillo u otra fruta agria; ver que la yema y clara de un mismo

huevo son tan contrarias, que en los unos, que sirven para el azúcar, sirve cada una por sí y juntas no. (...) Bien dijo Lupericio Leonardo: que bien se puede filosofar y aderezar la cena. Y yo suelo decir viendo estas cosillas: Si Aristóteles hubiera guisado, mucho más hubiera escrito.

Leer a Sor Juana es acercarse a conocer los secretos naturales que se revelan a los ojos de esa cocinera atenta a los fenómenos invisibles, los procesos químicos y las temporalidades que confluyen en un espacio que es, y no, aquel donde ella cocinó y pensó y por donde nosotros paseamos. Conocer un poco más del legado de la poeta sabia, la monja más célebre del convento de San Jerónimo, es otra manera de recorrer el mapa del germen cultural del Centro Histórico. 📍



TEMPLO DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD

POR FÁTIMA ROCHA

Con una historia que se remonta al siglo xvi, este recinto es un ejemplo vivo de la arquitectura barroca en la capital del país.

SI UNO SE ADENTRA UNAS CUADRAS AL ORIENTE DE la Plaza de la Constitución llegará al cruce de la calle Emiliano Zapata con la Santísima. Ahí, como en otras calles del Centro, la vocación comercial es preponderante y rige la vida cotidiana entre numerosos establecimientos y el vaivén de personas que entran a los locales y salen con voluminosas bolsas llenas de toda clase de mercancías.

Esos vaivenes tienen como testigo a un importante recinto de culto que precisamente da nombre a una de las calles: el templo de la Santísima Trinidad, cuyos capítulos iniciales se escribieron en el siglo xvi y que refleja la importancia que, en otros tiempos, la arquitectura barroca tuvo para la ciudad.

Después de que el alarife Alonso García Bravo terminara el nuevo trazo de la ciudad, en colaboración con maestros indígenas, las autoridades repartieron distintos solares entre sus antiguos combatientes españoles. De los predios que le

otorgaron a Hernán Cortés, uno estaba hacia el final de la antigua calle del Arzobispado –que más tarde fue rebautizada como Moneda–. El capitán español cedió ese terreno a la cofradía de la Santísima Trinidad en 1526, disposición que posteriormente fue ratificada por Carlos V.

Al respecto de la primera edificación del templo, Nuria Salazar Simarro cuenta lo siguiente:

Sobre la integración de la cofradía se sabe que un maestro de sastre, cuyo nombre no se ha podido conocer hasta ahora, fabricó una capilla pequeña a su costa, y que otros individuos del mismo oficio se le unieron, hasta adquirir cuatro cuerdas en el mismo lugar en que hoy está la iglesia. Entre los que se ocupaban de ese oficio nombraron a su «primicerio», guardián mayor, alcaldes del gremio y mayordomo tesorero en espera de las licencias de las autoridades real y eclesiástica.



Todo parece indicar que las labores para levantar el templo, núcleo histórico de la construcción posterior, datan de 1567. En todo caso, para 1569 ya se encontraba en uso. Ahí no solo se realizaban ceremonias religiosas, sino que también se desempeñaban actividades civiles, como la examinación de candidatos para formar parte del gremio de sastres y calceteros que pertenecían a la cofradía.

En aquella primera época la sacristía admitió provisionalmente a las beatas de Santa Clara, quienes salieron del lugar en 1576, para establecerse en un nuevo sitio. Y en 1580 se firmó un convenio con la cofradía de San Pedro, cuyos miembros, además de compartir el templo, tenían la misión de construir un hospicio y hospital para sacerdotes pobres, a cambio de levantar un nuevo templo, aunque este recinto no pudo edificarse completamente por falta de fondos, lo

que a la postre creó varias disputas legales entre ambas cofradías. Así que la propia cofradía de la Santísima Trinidad tuvo que aportar una suma considerable y fue así como en 1591 se pudo terminar el coro con enrejado, el altar mayor y otros trabajos para contar con la iglesia.

Hacia 1628 Baltasar de los Reyes niveló los espacios alrededor del templo y la sacristía para favorecer el tránsito de personas y carruajes. Para ese momento en las inmediaciones del lugar se asentaron vendedores de frutas y distintos encomenderos. Años más tarde, en 1643, se llevó a cabo la primera intervención de la construcción original, la cual estuvo a cargo de Juan Serrano, maestro mayor del desagüe.

Para 1662 ya era necesario hacer reparaciones, porque la cubierta de madera se había dañado a causa de las lluvias, como era frecuente que sucediera en varios recintos



Durante los sismos de septiembre de 2017 el Templo de la Santísima sufrió graves daños. El Fideicomiso Centro Histórico de la Ciudad de México realizó la intervención para conservar el inmueble que forma parte del patrimonio cultural:

- Se consolidaron los elementos arquitectónicos que presentaban grietas y fracturas (cúpula, bóvedas de la nave principal, del transepto y del presbiterio y los muros del templo).
- También se restauró la función de los arcos botareles que forman parte de la estructura original, logrando así la recuperación de la estabilidad estructural del inmueble.

de la época que tenían techos a dos aguas. Y, como es normal en los templos del Centro, a partir de aquí comenzaron distintas intervenciones –entre otras, la construcción de habitaciones, corredores y sala de cabildo en 1698, a cargo del arquitecto Diego Rodríguez–, las cuales a su vez fueron modificadas en 1717. Para 1735, sin embargo, el estado del templo era grave y se propuso reedificarlo desde sus cimientos. Finalmente, en 1754 la Santísima tuvo que cerrar sus puertas para realizar obras mayores.

La edificación nueva comenzó en 1755 y se extendió a través de los años, con numerosas interrupciones, hasta que los trabajos concluyeron en 1783. Durante algún tiempo se atribuyó la obra al arquitecto Lorenzo Rodríguez, pero ahora hay consenso acerca de que corrió a cargo de Ildefonso de Iniesta Vejarano y Durán, quien también construyó la por-

tada del templo de Tepetzotlán, en el Estado de México. A su muerte, le sucedió el arquitecto José Buitrón y Velasco.

Además de sus rasgos propiamente arquitectónicos, como el uso de estípites en la portada y sus hermosos relieves, sobresale el nivel del templo respecto del entorno. Esto se debe a que, dada la dificultad que implicaban los suelos lacustres y fangosos de la ciudad, el templo fue experimentando un pronunciado descenso de varios metros con el paso del tiempo. En 1980 se hicieron trabajos de excavación para recuperar su nivel original, que es notorio a simple vista con la plaza y las escalinatas en sus inmediaciones. Fue declarado monumento nacional en agosto de 1932. 📍

.....

Templo de la Santísima Trinidad (Santísima esquina con Emiliano Zapata).



Foto: cortesía Museo de Arte Popular



Foto: cortesía Museo UNAM Hoy

Destino... México

Una de las características más vitales de la cultura mexicana se encuentra en sus artesanías. A lo largo y ancho del territorio encontramos valiosas piezas que combinan un minucioso conocimiento de técnicas centenarias, visiones míticas o sociales que dan pie a distintos lenguajes estéticos, manejo de materias primas y secretos transmitidos entre generaciones.

Esta exposición cuenta con más de cuatrocientas piezas, con técnicas distintas, y constituye una muestra de algunas de estas valiosas manifestaciones y su diversidad en el centro, norte y sur del país. Su recorrido está guiado por la forma en que los lenguajes artísticos han dialogado con la biodiversidad del territorio mexicano, plasmando las maravillas naturales y enriqueciendo el legado popular.

.....
Museo de Arte Popular (Revillagigedo 11). Martes a domingo, de 10 a 18 horas.

Disruptivas. Mujeres en la universidad

Desde su llegada a las aulas universitarias, las mujeres iniciaron un largo proceso, una multiplicidad de experiencias y voces que han transformado las instituciones educativas y la sociedad en general. Esta exposición honra esta ardua travesía mediante una serie de fragmentos y entramados en la historia de las mujeres en la universidad. El objetivo es reconocer sus genealogías, así como señalar los problemas y tensiones que han tenido que enfrentar.

En su recorrido, el público podrá conocer materiales fotográficos y documentales provenientes del Archivo Histórico de la UNAM, así como de otros acervos universitarios y particulares, además de materiales filmicos y audiovisuales. También podrá apreciar obras de artistas como Alicia Paz, Iurhi Peña, Ana Mayoral, Yolanda Benalba y de los colectivos Mitote y Lapiztola. Estas piezas no solo complementan los temas que aborda la exposición, sino que, desde el arte y la creación, aportan diferentes formas de aproximarse y colectivizar la lucha por el reconocimiento de las mujeres en la academia.

.....
Museo UNAM Hoy (Moneda 2). Martes a sábado, de 11 a 17 horas.



Foto: cortesia Antiguo Colegio de San Ildefonso

Exiliadas de España. Artistas en México

El exilio español de 1939 trajo a México una generación de intelectuales, artistas y profesionales que transformaron profundamente la vida cultural del país. En este escenario, las mujeres desempeñaron un papel fundamental como transmisoras de ideas y autoras de distintas formas de expresión artística, enfrentando tanto barreras históricas como los desafíos de la migración. Sus obras reflejaron la nostalgia del éxodo y la integración de elementos de la tradición mexicana, abordando temas como la identidad, la memoria y la resistencia.

Esta exposición, bajo la curaduría de Yolanda Guasch Marí y Rafael López Guzmán, reúne más de 200 piezas en torno a cinco núcleos temáticos, en los que se muestra cómo las mujeres del exilio crearon puentes culturales que siguen transformando expresiones y dejando un legado artístico.

.....
Antiguo Colegio de San Ildefonso (Justo Sierra 16). Martes a domingo, de 11 a 17:30 horas.



Foto: cortesia Museo de la Mujer

Retablos contemporáneas

La artista Andrea Camarelli Papatryphonos tomó como punto de partida los antiguos retablos eclesiásticos para crear obras basadas en el ensayo *Los platos que no hemos roto*, centrándose en los lenguajes de la pintura y la escultura.

Cada una de las obras de esta exposición consta de nueve compartimentos mediante los cuales la artista busca revalorizar a mujeres que fueron excluidas, silenciadas, apartadas, enloquecidas o despojadas de sus ideas. La intención es hacer visible su trabajo, sus hallazgos y sus obras, muchas de ellas erróneamente atribuidas a hombres, como sucede en el *Retablo de escritoras*.

.....
Museo de la Mujer (República de Bolivia 17). Martes a domingo, de 10 a 17:30 horas.

El Centro por día

MARZO 2025

MARTES 4 | 19 HORAS

PRESENTACIÓN DE CATÁLOGO

TEODORA BLANCO/MARÍA IZQUIERDO. PERCEPCIONES DE BELLEZA

Palacio de Cultura Banamex –
Palacio de Iturbide (Madero 17).
Gratis.

MIÉRCOLES 5 | 9 HORAS

EXPOSICIÓN

LAS LOGIAS DE RAFAEL. TESOROS DEL FONDO RESERVADO EN LA BIBLIOTECA DE MÉXICO

Biblioteca de México (Plaza de la Ciudadela 4). Gratis.

JUEVES 6 | 18 HORAS

CONFERENCIA

LA CULTURA CHUPÍCUARO EN EL FORMATIVO MESOAMERICANO

El Colegio Nacional (Donceles 104).
Gratis.

JUEVES 6 | 19 HORAS

TEATRO

RESIDUOS (LO QUE QUEDA DE MÍ)

Teatro del Pueblo (Venezuela 72).
\$138.

JUEVES 6 | 20 HORAS

CONCIERTO



CALEQUI Y LAS PANTERAS

Centro Cultural de España en México
(Guatemala 18). Gratis.

VIERNES 7 | 10 HORAS

EXPOSICIÓN

MURAL SUEÑO DE UNA TARDE DOMINICAL EN LA ALAMEDA CENTRAL

Museo Mural Diego Rivera (Balderas
s/n esquina Colón). \$45.

SÁBADO 8 | 12 HORAS

TALLER

LABORATORIO VERDE

Museo Interactivo de Economía
(Tacuba 17). \$120.

SÁBADO 8 | 12 HORAS

TALLER

BORDAR UN TELEGRAMA CON UN MENSAJE FEMINISTA

Museo del Telégrafo (Tacuba 8).
Gratis.

DOMINGO 9 | 11 HORAS

EXPOSICIÓN



LA NATURALEZA ÍNTIMA DE LA VIDA

Antiguo Colegio de San Ildefonso
(Justo Sierra 16). Gratis.

LUNES 10 | 10 HORAS

EXPOSICIÓN

FRANCISCO TOLEDO. GRABADOR DE ENIGMAS

Museo del Estanquillo (Isabel la Católica 26). Gratis.

MIÉRCOLES 12 | 10 HORAS

EXPOSICIÓN

TRADICIÓN, REFORMA Y VANGUARDIA

Museo Nacional de San Carlos
(Av. México-Tenochtitlan 50,
Tabacalera). \$70.

MIÉRCOLES 12 | 10 HORAS

EXPOSICIÓN

INTEGRAR LA FEDERACIÓN

Museo de las Constituciones (Del Carmen esquina San Ildefonso).
Gratis.

JUEVES 13 | 10 HORAS

EXPOSICIÓN

GERMÁN LIST ARZUBIDE

Museo Nacional de Arte (Tacuba 8). \$95.

VIERNES 14 | 10 HORAS

EXPOSICIÓN

UNA VENTANA A CHIPRE

Museo Nacional de las Culturas del Mundo (Moneda 13). Gratis.

SÁBADO 15 | 10 HORAS

EXPOSICIÓN



LA REVOLUCIÓN IMPRESIONISTA: DE MONET A MATISSE DEL MUSEO DE DALLAS

Museo del Palacio de Bellas Artes (Av. Juárez s/n). \$95.

DOMINGO 16 | 14:30 HORAS

TALLER

ROMPIENDO MOLDES: REESCRIBIENDO NARRATIVAS FEMENINAS

Foro Valparaíso (Venustiano Carranza 60). Gratis.

MARTES 18 | 11 HORAS

EXPOSICIÓN

EL PANTEÓN ROMÁNTICO

Museo Panteón San Fernando (San Fernando 17). Gratis.

MIÉRCOLES 19 | 10 HORAS

EXPOSICIÓN

ALIAS VITAS. MI LINAJE FEMENINO DE LOURDES ALMEIDA

Museo Archivo de la Fotografía (Guatemala 34). Gratis.

JUEVES 20 | 10 HORAS

EXPOSICIÓN



MEXICAN WOMEN PHOTOGRAPHERS

Museo de la Ciudad de México (Pino Suárez 30). \$42.

SÁBADO 22 | 10 HORAS

CONFERENCIA

EL BIOMBO DE LA CONQUISTA

Museo del Templo Mayor (Seminario 8). Gratis.

VIERNES 28 | 9 HORAS

TALLER INFANTIL



CUÉNTAMELO CON CERÁMICA. IMPARTE ESTUDIO NÓMADE

Palacio de la Autonomía (Lic. Primo Verdad 2). Gratis.

SÁBADO 29 | 10 HORAS

RECORRIDO GUIADO



CAPILLA, MUSEO Y PATIOS DEL COLEGIO VIZCAÍNAS

Museo Vizcaínas (Vizcaínas 21). \$160.

SÁBADO 29 | 17 HORAS

ARTE PARA INFANCIAS



PIM PAU

Teatro de la Ciudad Esperanza Iris (Donceles 36). \$122-\$450.

PROGRAMACIÓN SUJETA A CAMBIOS

Niños
POR MARIANA GONZÁLEZ

Sor Juana en el convento



¿Has oído hablar de Sor Juana Inés de la Cruz?

Ella nació hace mucho tiempo (en 1651). Le gustaba tanto aprender ¡que se enseñó a leer sola a los 3 años!

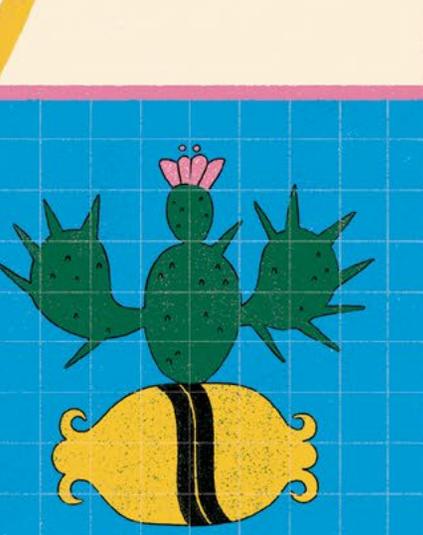
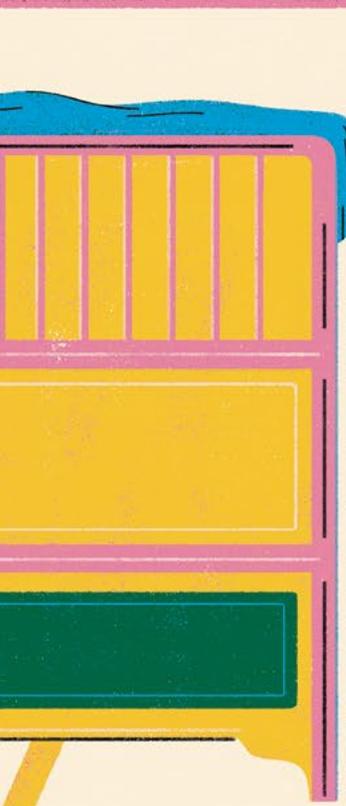
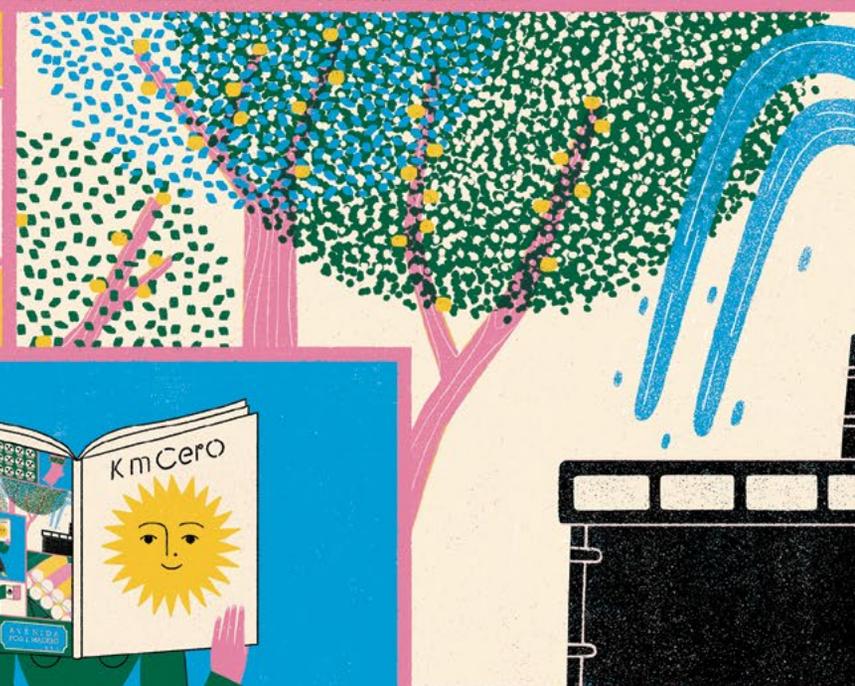
En su época, a las niñas no se les permitía estudiar así como ella quería, a menos que se hicieran monjas... y eso fue justamente lo que hizo.

Por eso pudo convertirse en una de las escritoras más importantes de México.

Hoy estamos en el Claustro del Convento de San Jerónimo, donde Sor Juana vivió 27 años, pero resulta que salió a pasear y se perdió.

¡Ayúdala a regresar!





AVENIDA
FCO. I. MADERO
Z. P. 1